

vagando y robando á los que nunca les habian hecho daño alguno (1). Sea cual fuere su modo de pensar sobre la cuestion de derecho, parece probable que en aquel momento pensasen los españoles que hubieran hecho muy bien en observar la conducta que les aconsejaban los indios. Pero los salvajes llevaban en sus personas adornos de oro aunque groseramente trabajados. Estos adornos eran la mejor contestacion posible á su pregunta. El cebo del oro era lo que habia impulsado al aventurero español á abandonar su hermosa patria para luchar con los peligros del desierto. Estos indios confirmaron las noticias que ya habian recibido Pizarro y los suyos sobre un rico y poderoso imperio que se hallaba situado mas al Sur, añadiendo que á diez dias de distancia al traves de las montañas existia un monarca poderoso, cuyos dominios habian sido invadidos por otro mas poderoso aun, y que era hijo del Sol (2). Quizas aludirian á la invasion de Quito por el valiente Inca Huayna Capac, que ocurrió pocos años antes de la expedicion de Pizarro.

Por fin, despues de trascurridas seis semanas, los españoles descubrieron con alegría difícil de explicar que volvia el buque en que se habian marchado sus compañeros, y poco despues Montenegro entró en el puerto con una amplia provision de bastimentos para sus hambrientos compatriotas. Grande fue su horror al contemplar el aspecto de estos. Sus rostros enflaquecidos, sus cuerpos debilitados por el hambre y las enfermedades, hacian que apenas los conociesen sus antiguos compañeros. Montenegro atribuyó su tardanza á los vientos contrarios y al mal tiempo; y él tambien tenia que referir una triste historia de los trabajos que el hambre les habia hecho pasar á él y á los suyos en su travesía á la isla de las Perlas. — Los sucesos minuciosos como los que acabamos de contar son los que nos hacen comprender toda la estension de los padecimientos que tenia que sufrir el aventurero español en la gran obra de sus descubrimientos.

Restablecidos con los sólidos alimentos de que durante tanto tiempo habian estado privados, los españoles, con esa elasticidad propia de hombres acostumbrados á una vida vagamunda y rodeada de peligros, olvidaron sus desgracias pasadas en su ansia por llevar adelante su empresa. Volviendo, pues, á bordo de su buque, Pizarro se despidió del teatro de tantos padecimientos, que infamó con el nombre oportuno de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas ante la favorable brisa que le impulsaba hácia el Sur.

Si se hubiera aventurado á salir de una vez á alta mar, en lugar de recorrer la costa poco hospitalaria en que hasta entonces habia encontrado tan poca recompensa á sus afanes, podria haberse ahorrado la repeticion de incómodas aventuras, y alcanzado por un camino mas corto el lugar de su destino. Pero el marino español recorría á tientas estas desconocidas costas, y desembarcaba siempre que podia hacerlo,

(1) «Porque decian á los castellanos que por qué no sembraban y cogian sin andar tomando los bastimentos ajenos, pasando tantos trabajos.» Herrera, Hist. general, loc. cit.

(2) «Dióles noticia el viejo por medio del lengua, como diez soles de allí habia un rey muy poderoso yendo por espesas montañas, y que otro mas poderoso hijo del Sol habia venido de milagro á quitarle el reino sobre que tenian muy sangrientas batallas.» (Montesinos, Anales, MS., año 1323.) La conquista de Quito por Huayna Capac ocurrió mas de treinta años antes de este periodo de nuestra historia. Pero los pormenores de esta revolucion, su época exacta ó el sitio en que ocurrió, eran cosas que sin duda comprenderian muy vagamente las naciones salvajes de los alrededores de Panamá; y su alusion á estas cosas en un dialecto desconocido no seria tampoco muy clara para los viajeros españoles, que mas bien entenderian estos pormenores por señas que por palabras.

como si estuviese temeroso de que se le escapase alguna fértil region ó alguna mina pingüe si hubiese la mas leve interseccion en la linea que examinaba. Sin embargo no debemos echar en olvido que aunque nosotros sabemos perfectamente el punto adonde iba Pizarro porque conocemos muy bien la topografía de aquellos países, él iba enteramente á ciegas, sin un mapa siquiera que lo guiase, sin conocer aquellos mares ni tener idea alguna de sus costas y aun sin mas idea del objeto que buscaba que la noticia que tenia de un país en que abundaba el oro, y que estaba colocado en algun lugar hácia el Sur. Era dar caza á un *El Dorado*, fiándose en pruebas poco mas auténticas y creibles que las que sirvieron de base á tantas empresas quiméricas en esta tierra de maravillas. Solo el buen éxito, que es el mejor argumento para el vulgo, pudo conseguir que no se tachasen de absurdas las expediciones de Pizarro.

Gobernando siempre hácia el Sur, y despues de una corta travesía, Pizarro se encontró en frente de un territorio abierto, ó á lo menos no tan cargado de bosques, que iba subiendo por grados á medida que se retiraba de la costa. Desembarcó con algunos hombres, y penetrando un poco en lo interior encontró un pueblecillo de indios. Sus habitantes lo habian abandonado al acercarse los invasores, refugiándose en las montañas; y entrando los españoles en sus solitarias chozas, encontraron allí un buen acopio de maiz y de otros alimentos, y groseros adornos de oro de mucho valor. El alimento no era mas necesario para sus cuerpos que la vista del oro de cuando en cuando para estimular su apetito aventurero. Sin embargo, encontraron un espectáculo que los llenó de horror. Vieron que entre los alimentos que se estaban preparando en el fuego, habia carne humana dispuesta para el horrible festin de los bárbaros. Los españoles, creyendo que habian encontrado una tribu de caribes, la única raza de aquella parte del Nuevo Mundo de quien se sabia que era antropófaga, huyeron precipitadamente á su buque (3). No estaban ya empedernidos por la costumbre de ver este triste espectáculo como lo estaban los conquistadores de Méjico.

El tiempo, que hasta entonces habia sido favorable, empezó á volverse borrascoso con fuertes chubascos, y con incesantes truenos y relámpagos; y la lluvia, como sucede siempre en estas tormentas de los trópicos, caia no tanto en gotas como en raudales no interrumpidos de agua. Sin embargo los españoles prefirieron esponerse á la furia del terrible elemento que permanecer en la escena de tan brutales preparativos. Pero la furia de la tormenta amainó poco á poco, y el buquecillo siguió su curso por la costa hasta encontrarse al frente de una lengua de tierra á que Pizarro dió el nombre de Punta Quemada, y en que mandó fondear. La orilla estaba cubierta con una ancha faja de una especie de nopales, cuyas largas raices se entrelazaban unas con otras, y formaban una especie de enverjado sub-marino que hacia difícil la aproximacion del buque. Viendo varias calles abiertas en este bosque espeso, Pizarro calculó que el país debia estar habitado, y desembarcó con la mayor parte de su fuerza para explorar lo interior.

Apenas hubo penetrado algo mas de una legua, cuando se verificó su conjetura con el descubrimiento de una ciudad de indios, algo mayor que las que hasta entonces habian visto, colocada en la falda de un monte y bien defendida por medio de empalizadas. Los habitantes, segun costumbre, la habian abandonado; pero dejando en sus habitaciones pro-

(3) «Y en las ollas de la comida, que estaban al fuego, entre la carne que sacaban habia pies y manos de hombres, de donde conocieron que aquellos indios eran caribes.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XI.

visiones abundantes y algunas frioleras de oro que los españoles no vacilaron en apropiarse. La lijera barca de Pizarro habia sufrido mucho con los fuertes vientos á que habia estado espuesta recientemente, de manera que era peligroso seguir el viaje sin comenarla mas completamente de lo que lo permitia esta triste costa. Por tanto determinó enviar su buque con unos pocos hombres á Panamá para que allí lo carenasen, y entre tanto estableció sus cuarteles en esta posicion tan favorable á la defensa. Pero ante todas cosas envió á Montenegro con un pequeño destacamento á reconocer el país, y si fuese posible, á entablar relaciones con los indigenas.

Estos pertenecian á una raza helicosa. Habian abandonado sus habitaciones para poner á sus mujeres é hijos en lugar seguro; pero no habian perdido de vista los movimientos de los invasores, y cuando vieron divididas sus fuerzas, resolvieron caer sobre ambas una despues de otra, y antes que se pudiesen prestar socorro mútuo. Por consiguiente, en cuanto Montenegro hubo penetrado en los desfiladeros de las elevadas colinas que salen hácia esta parte de la costa como espolones de las Cordilleras, los guerreros indios salieron repentinamente de su emboscada, y dispararon una nube de flechas y otros proyectiles que oscurecieron el aire, estremeciendo al mismo tiempo los bosques con su agudo grito de guerra. Los españoles, asombrados al aspecto de estos salvajes con los cuerpos desnudos y pintados de colores brillantes, blandiendo sus armas al deslizarse entre los árboles y el monte bajo que cerraba el desfiladero, se quedaron sorprendidos y confusos, y por un momento en el mas completo desorden. Tres de ellos quedaron muertos y varios heridos. Pero recobrándose muy pronto, devolvieron la descarga del enemigo con sus ballestas, porque parece que las tropas de Pizarro no tenian armas de fuego en esta expedicion, y cargando luego con intrepidez, y con espada en mano, lograron ponerlos en fuga, hácia las montañas. Sin embargo, solo consiguieron hacerles cambiar el teatro de sus operaciones, y que fuesen á atacar á Pizarro antes que su lugarteniente pudiera prestarle auxilio.

Aprovechándose de su superior conocimiento de los senderos de las montañas, llegaron al cuartel general del comandante mucho antes que Montenegro, que habia emprendido una marcha retrógrada en la misma direccion. Y saliendo de los bosques, los intrépidos salvajes saludaron á la guarnicion española con una lluvia de dardos y flechas, algunas de las cuales se abrieron paso por las junturas de la cota de malla y de los petos entretelados. Mas Pizarro era soldado de demasiada experiencia para dejarse cojer desprevenido. Reuniendo á su gente, determinó no recibir el asalto al abrigo de sus muros, sino hacer una salida y atacar al enemigo en su propio terreno. Los bárbaros que se habian acercado mucho á las obras de defensa, se retiraron en cuanto salieron los españoles como un torrente, llevando á su cabeza al intrépido capitán; pero volviendo luego á la carga con ferocidad admirable, dirigieron todos sus tiros á Pizarro, en quien por su atrevimiento y aire de autoridad reconocian al jefe, y lanzándole millares de proyectiles, lograron causarle, á pesar de su armadura, nada menos que siete heridas (1).

Rechazado por la furia del ataque dirigido contra su persona, el capitán español se retiraba por el declive de la colina, defendiéndose como mejor podia con su espada y su broquel, cuando resbaló y cayó al suelo. El enemigo lanzó un alarido feroz de triun-

(1) Naharro, Relacion sumaria, MS.—Xerez, conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 180.—Zárate, Conquista del Perú, lib. I, cap. I.—Balboa, Historia del Perú, capítulo XV.

fo, y algunos de los mas audaces se acercaron á él para acabarlo. Pero Pizarro volvió á ponerse en pie en un momento, y matando á dos con su mano vigorosa, mantuvo á los demas á respetuosa distancia mientras que acudian sus soldados á defenderlo. Asombrados los bárbaros al ver tanto valor, empezaron á vacilar, cuando llegando oportunamente Montenegro, y atacándolos por retaguardia, los puso en completa dispersion; y abandonando el campo, se retiraron como pudieron á las guaridas de las montañas. El campo estaba cubierto con sus muertos; pero la victoria costó muy cara, pues murieron dos españoles mas y hubo muchos heridos.

Reunióse entonces un consejo de guerra. La posicion habia perdido toda su belleza para los españoles, que aqui habian encontrado por primera vez resistencia desde que habian emprendido su expedicion. Era necesario colocar á los heridos en algun paraje seguro donde se les pudiese curar. Sin embargo, no era prudente ir mas adelante, considerando el mal estado del buque. Por último, se resolvió volver y dar parte al gobernador de todo lo ocurrido; y aunque no se habian realizado las magníficas esperanzas de los aventureros, Pizarro creia que se habia hecho lo bastante para probar la importancia de la empresa, y para asegurar el apoyo de Pedrarias en su continuacion (2).

Sin embargo, hacíase muy duro á Pizarro presentarse al gobernador en el estado presente de la empresa. Determinó, pues, desembarcar con la mayor parte de su gente en Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, á poca distancia al Oeste de Panamá. Desde este punto, á que llegó sin mas dificultades ni peligros, despachó á su buque, y en él á su tesorero Nicolás de Ribera, con todo el oro que se habia recojido, y con instrucciones para dar al gobernador un informe detallado y completo de sus descubrimientos y del resultado de la expedicion.

Mientras estas cosas pasaban, Almagro, el compañero de Pizarro, se habia ocupado activamente en disponer otro buque para la expedicion en el puerto de Panamá, mas solo mucho tiempo despues de la marcha de su compañero estuvo preparado á seguirlo. Auxiliado por Luque, al fin logró equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de sesenta á setenta aventureros, casi todos de la clase mas ínfima de la colonia. Dióse á la vela y siguió el rumbo de su compañero, con la intencion de alcanzarlo lo mas pronto posible. Mediante una señal en que antes habian convenido y que hacian en la corteza de los árboles, pudo reconocer todos los puntos en que habia estado Pizarro, Puerto de Piñas, Puerto del Hambre, Pueblo Quemado; tocando sucesivamente en todos los puntos del litoral explorados por sus compatriotas, aunque en mucho menos tiempo. En el último punto indicado, fue recibido por los fieros naturales con las mismas demostraciones hostiles que habia sufrido Pizarro, aunque en este encuentro no se atrevieron los indigenas á salir de sus obras defensivas. Pero exasperóse tanto el ardor de Almagro con este obstáculo, que espada en mano tomó por asalto el pueblo, incendió la empalizada y las habitaciones, é hizo huir á los bosques á los miserables habitantes.

Su victoria le costó cara. Herido con un dardo en la cabeza, prodújole esto una inflamacion en un ojo, que despues de grandes padecimientos, perdió enteramente. A pesar de esto el intrépido aventurero no vaciló en proseguir su viaje, y despues de tocar en diferentes puntos de la costa, algunos de los cuales lo recompensaron con un considerable botin de oro, llegó á la embocadura del *Rio de San Juan*, que está como al cuarto grado de latitud Norte. Sorprendióle la hermosura del rio, y lo cultivado de sus márgenes,

(2) Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XI.—Xerez, ubi supra.

que estaban salpicadas de chozas de indios en cuya construcción se descubría algún arte, mientras que todas las cosas juntas revelaban un grado de civilización más elevado que todo lo que hasta entonces había visto.

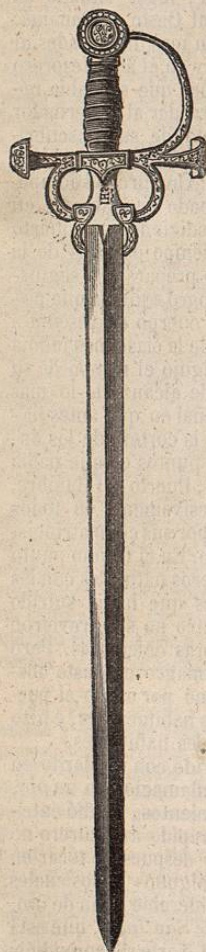
Sin embargo, estaba lleno de inquietud y zozobra por la suerte de Pizarro y de los suyos. Hacía mucho tiempo que no encontraba rastro alguno de ellos en

la costa, y era claro que ó debían haberse hundido en medio del Océano, ó emprendido su viaje de vuelta á Panamá. Esto último le pareció lo más probable, puesto que el otro buque pudo pasar junto al suyo sin ser observado durante la noche, ó en medio de esas espesas neblinas que algunas veces envuelven aquella costa.

Convencido de esto, no se determinó á continuar



Francisco Pizarro.



Espada de Pizarro.

su viaje de descubrimientos, para el cual efectivamente no bastaba su pequeño buque con su escasa dotación de hombres. Resolvióse pues á volver en el acto, y tocando en las islas de las Perlas, supo allí el resultado de la expedición de su amigo, y el paradero de este. Tomando inmediatamente el rumbo de Chicamá, los dos aventureros tuvieron muy pronto el placer de abrazarse, y de referirse mutuamente sus hazañas y peligros. Almagro traía más oro aun que su socio, y á cada paso de su navegación había adquirido nuevas pruebas de la existencia de un imperio opulento y grande hacia el Sur. Mucho se fortaleció con estos descubrimientos la confianza de los dos amigos; y ambos se juraron mutuamente morir más bien que abandonar la empresa (1).

Discutiéronse seria y es-

tensamente los mejores me-

dios para levantar la gente necesaria á tan formidable expedición, puesto que ya les parecía formidable después de lo que habían visto, y por fin se resolvió que Pizarro permaneciese donde se hallaba, aunque era país mal sano é incómodo, por la humedad del clima y por la multitud de insectos que poblaban la atmósfera, y que Almagro pasase á Panamá, espúesese todo lo ocurrido al gobernador, y alcanzase, si fuese posible, su apoyo para llevar adelante la empresa. Si no encontraban obstáculo por esta parte, podían esperar, con el auxilio de Luque, reunir los medios necesarios; mientras que los resultados de la reciente expedición eran bastante satisfactorios para atraer gente á su bandera entre unos hombres cuyos instintos aventureros les incitaba á buscar con gusto el peligro, y que tenían en poco la vida si se comparaba con el oro.

## CAPITULO III.

Contrato famoso.—Segunda expedición.—Ruiz explora la costa.—Penalidades de Pizarro en los bosques.—Llegada de nuevos reclutas.—Nuevos descubrimientos y desastres.—Pizarro en la isla del Gallo.

(1526.—1527.)

Al llegar á Panamá supo Almagro que las cosas habían tomado un aspecto menos favorable á sus planes de lo que esperaba. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para mandar en persona una expedición contra un oficial rebelde en Nicaragua; y su

cap. XV.—Relacion del primer descubrimiento, MS.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. VIII, cap. XIII.—Levinus Apollonius, fól. 42.—Gómara, Hist. de las Indias, capítulo CVIII.

genio, que naturalmente no era de los más amables, se había agriado aun más con la defección de su subalterno, y con la necesidad que le imponía de emprender una marcha larga y peligrosa. Así es que cuando Almagro se le presentó pidiéndole permiso para levantar nuevas tropas y para llevar adelante su empresa, el gobernador lo recibió con disgusto, escuchó con frialdad la relación de sus pérdidas, se negó á creer en las promesas magníficas para el porvenir, y le pidió secamente cuenta de las vidas sacrificadas por la obstinación de Pizarro, y que en la ocasión presente le hubieran sido tan útiles para su expedición á Nicaragua. Negóse positivamente á consentir en nuevas y quiméricas empresas por parte de los dos aventureros, y la conquista del Perú hubiera quedado ahogada en su germen, á no ser por la intervención eficaz del otro socio, Fernando de Luque.

Este sagaz eclesiástico había concebido una idea muy diferente de la del irritable gobernador sobre lo que resultaba de las esplicaciones de Almagro. Los resultados positivos de la empresa en plata y oro, habían sido en verdad muy pequeños y formaban un contraste humillante con la magnitud de sus esperanzas. Pero bajo otro punto de vista eran de importancia eminente; ya que todas las noticias que sucesivamente habían recogido los viajeros confirmaban de una manera indudable las relaciones anteriores de Andagoya y otros sobre la existencia de un rico imperio indio hacia el Sur, que podía recompensar el trabajo de conquistarlo, así como Méjico había recompensado la empresa de Cortés. Adhiriéndose pues completamente á los sentimientos de sus compañeros militares, empleó toda su influencia con el gobernador para inclinarlo á favorecer la demanda de Almagro;



El Juramento.

y nadie, en la pequeña colonia de Panamá, ejercía mayor influencia en los consejos del gobierno que el padre Luque, influencia que debía no menos que á su carácter sacerdotal á su sagacidad reconocida y á su discreción.

Pero mientras Pedrarias vencido por los argumentos ó por la importunidad del eclesiástico consentía con disgusto en acceder á la petición, tuvo especial empeño en dar pruebas de su disgusto contra Pizarro, á quien atribuía particularmente la pérdida de sus

hombres, nombrando á Almagro como su igual en el mando de la expedición propuesta. Este desaire inspiró á Pizarro un profundo resentimiento. Sospechó que su compañero, no se sabe con qué motivo, había solicitado esto del gobernador. Suscitóse pues alguna frialdad entre ellos, que desapareció, á lo menos esteriormente, al reflexionar Pizarro que más valía que se confiriese esta autoridad á un amigo que á un extraño, quizás adversario suyo. Pero quedaron en su seno los gérmenes de una indeleble desconfianza, que